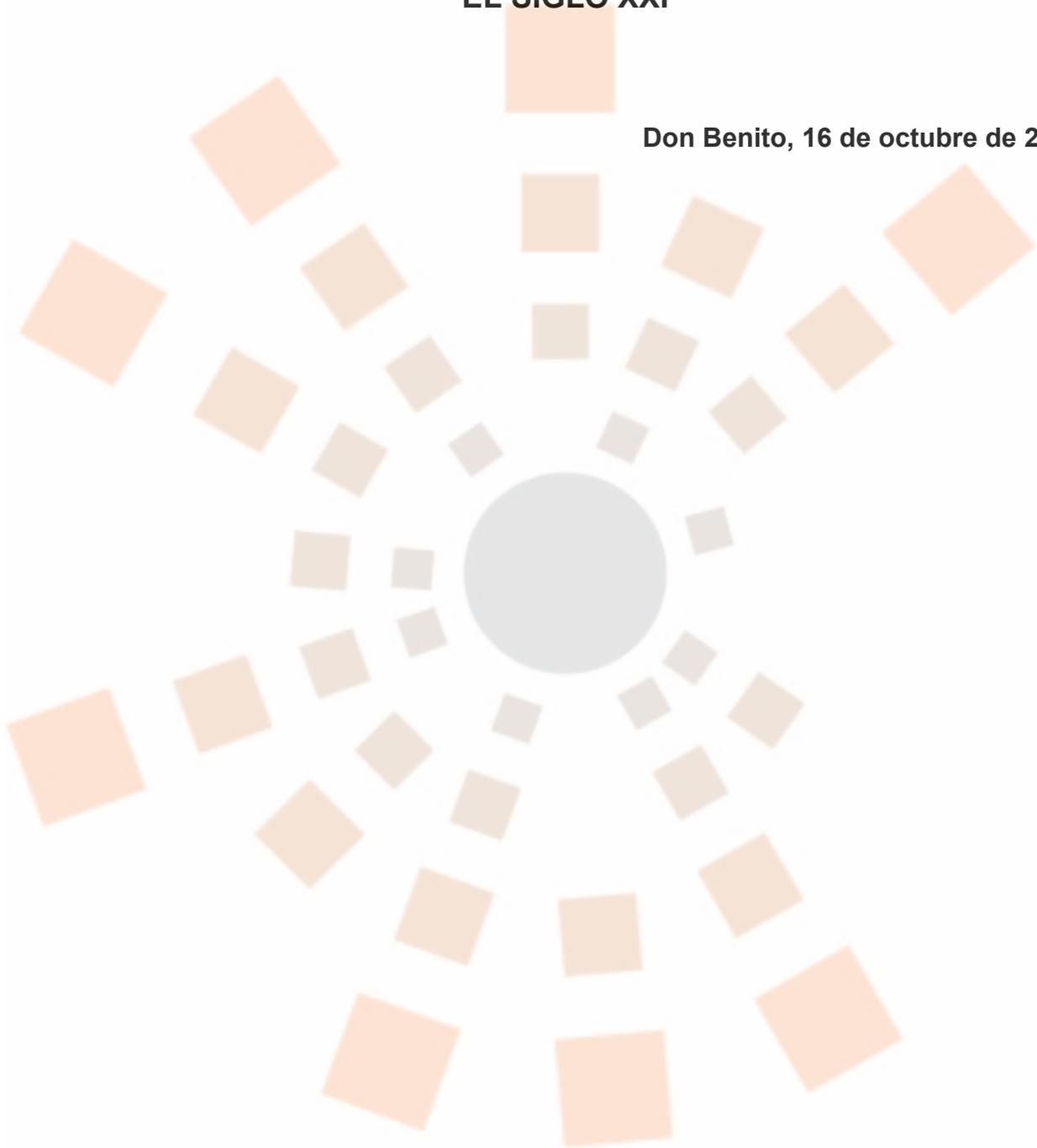


**INTERVENCIÓN DEL EXCMO. SR. PRESIDENTE EN EL ACTO DE
PRESENTACIÓN DEL LIBRO “LA ESPAÑA QUE YO QUIERO PARA
EL SIGLO XXI”**

Don Benito, 16 de octubre de 2001



INTERVENCIÓN DEL EXCMO. SR. PRESIDENTE EN EL ACTO DE PRESENTACIÓN DEL LIBRO “LA ESPAÑA QUE YO QUIERO PARA EL SIGLO XXI”

Don Benito, 16 de octubre de 2001

Sr. alcalde de Don Benito, señoras y señores, querida Pepa Bueno, queridos alumnos. En estos momentos, a esta misma hora, se está celebrando en Valladolid la apertura del II Congreso Internacional de la Lengua Española a la que asisten los Reyes, el Presidente del Gobierno, Presidente de Méjico, de Colombia; y yo tenía que estar allí porque también estaba invitado como Presidente de la Junta de Extremadura y, al mismo tiempo, estaba invitado a intervenir, como articulista y como Presidente de la Comunidad, en este acto que se celebra en la Casa de Cultura de presentación del libro “La España que yo quiero en el siglo XXI”. Y tenía que elegir. Tenía que elegir a cual de los dos sitios ir. Creo que es más importante el de Valladolid porque se va a discutir, ni más ni menos, que el futuro de la lengua española en el siglo XXI pero pienso que mi presencia era, pudiera ser, más importante aquí que en el Congreso Internacional de la Lengua. Allí no iba a decir nada y aquí puedo hablar, y a mí, hablar me priva. Siempre que tengo un micrófono pues tengo la oportunidad de decir lo que pienso, cosa que no tienen muchos españoles, desgraciadamente. Por eso, en algunas ocasiones, a mí me dicen que me excedo en lo que digo. Si te ponen un micrófono delante y no dices nada... ya quisieran 40 millones de españoles poder tener un micrófono para decir las cosas que, lamentablemente, solamente se pueden decir en privado. Entonces, he pensado que, uno, por reconocimiento a los alumnos y alumnas y profesores del Instituto “Cuatro Caminos” y, dos, porque es un tema que a mí me apasiona, pues que era mejor que estuviera aquí en lugar de estar en el Congreso Internacional de la Lengua.

No obstante, también me asustaba el venir porque, el título del libro es de una ambición terrible “La España que yo quiero en el siglo XXI”. Ahora, yo cuando recibí la invitación para escribir el artículo e incluso pensando en lo que decir en este acto tenía la sensación, al principio, de que los alumnos se habían... los alumnos y los profesores se habían pasado un poco. Es decir, “La España que yo quiero en el siglo XXI”; el siglo XXI, ni más ni menos, que son 100 años, 100 años. Claro, esto es una cosa que está muy lejos, para terminar el siglo XXI quedan 99 años y, por lo tanto, el futuro está muy lejos.

Pero, después, pensando, reflexionando sobre este tema y, además, llevo mucho tiempo dándole vueltas al asunto, pues he concluido que llevaban razón los que organizaron este libro. Llevaban razón de que hay que hablar inmediatamente del siglo XXI y de la España y de la región y de mi pueblo y del mundo en definitiva porque, como bien se dice en el título de un libro que se presentó la semana pasada, el futuro ya no es lo que era. El futuro es distinto. En el tiempo en el que vivimos, el futuro es diferente del futuro que hasta el siglo XXI hemos estado intuyendo o hemos

estado esperando. El futuro es diferente, yo creo que el futuro está aquí, es decir, llega de una forma inmediata, imprevisible y de una forma traicionera.

Y, sobre todo, como somos un pueblo –nosotros, los españoles junto con el conjunto occidental, la parte rica del mundo-, que no tenemos organizado nuestro presente, pues por esto nos inquieta tanto el futuro. Las culturas que tienen su presente muy estructurado y muy bien organizado, estos no piensan en el futuro porque tienen el presente muy bien organizado y el futuro va viniendo solo. Pero cuando el presente lo tienes complicado, te angustia y te preocupa muchísimo el futuro. Y yo creo que, en estos momentos, el mundo occidental no tiene organizado su presente. Y como no tenemos organizado nuestro presente cualquier cosa nos angustia y cualquier cosa nos agobia; porque no sabemos lo que puede pasar mañana. Y el problema es que mañana está ahí, a la vuelta de la esquina; y nos sorprende constantemente y nos traiciona, y se presenta de sopetón y no sabemos cómo reaccionar ante un futuro que, antes, más o menos, teníamos controlado y ahora tenemos absolutamente dislocado, no sabemos exactamente qué es lo que puede ocurrir. Antes, el futuro era previsible, más o menos, sabíamos lo que podía pasar, en el siglo XX, a principios del siglo XX, el siglo XIX, el siglo XVIII, en casi todos los siglos de la historia, el futuro era una cosa previsible, podía haber algún invento, podía haber alguna cosa, pero no podía haber cataclismos que cambiaran ni las conductas ni la forma de estar ni la forma de relacionarse del mundo. Incluso podía haber alguna guerra mundial, hubo dos en el siglo XX, pero esto no cambiaba, es decir, no angustiaba, angustiaban las consecuencias inmediatas de los millones de muertos que podía haber. Toda la gente tenía la sensación –intuyo yo-, que tenía la sensación de que el futuro era algo dominable, era algo que vendría, bueno, que vendría poco a poco, cuando llegara, venían las cosas, y que no inquietaba ni angustiaba. Ahora el futuro es absolutamente imprevisible. Nadie sabe lo que puede pasar mañana. Nadie. Y como nadie sabe lo que puede pasar mañana, nos angustia y nos preocupa cualquier cosa y de cualquier cosa hacemos una enorme preocupación; se ha hablado aquí antes del antrax, se ha hablado de muchísimas cosas, las torres gemelas, etc... ¿Por qué? Porque estamos todos viendo que el futuro está ahí, que viene, que se nos mete encima y no sabemos exactamente qué futuro viene porque no tenemos organizado nuestro presente. Entonces, tenemos una enorme preocupación porque antes el futuro más o menos... ¿qué significaba para mí -muchachos de quince, dieciséis años, en definitiva este es un acto escolar-, qué significaba para mí el futuro? Para mí el futuro era, más o menos, más o menos, parecerme a lo que eran mis padres e intentar superarlos. Más o menos, vivir en una sociedad como la que tenía pero intentando superar a esa sociedad, intentando superarla. No estoy hablando de la situación concreta de nuestro país, que en un momento determinado vivía en una dictadura y había que romper con aquello, sino... Más o menos, esto era el futuro, es decir, las cosas venían, poco a poco, y uno quería ser como sus padres pero, si pudiera ser, mejor que lo que ellos habían hecho. ¿Cuál es el problema que tenemos ahora? Desde mi punto de vista, el problema que tenemos ahora es que una generación que no puede tomar como referencia a sus padres es una generación que se ha quedado sin norte. Es decir, no puede, mi hija no puede tomarme a mí como modelo ¡no puede! Porque yo lo que represento, no digo de Presidente de la Junta sino como ciudadano, no le va a servir a ella dentro de 10 o de 12 años. Es decir, lo que viene después no lo sabemos. Yo no puedo asesorar a mi hija, con diez años, cómo tiene que ser su relación en el futuro de pareja porque no sé qué relación de pareja va a haber dentro de 10 años. No lo sé. Si va a haber matrimonio, si no va a haber matrimonio, parejas de hecho, no va a haber parejas de hecho... ¿Qué va a haber? ¿cómo se van a relacionar

estos jóvenes con 15, 16 años? No lo sabemos. Antes, ¿qué es lo que aspiraba uno? Bueno, la relación estaba clara. Uno se iba a casar. Iba a formar un matrimonio de las características de los que veías en tu casa, superando las dificultades de tu casa, etc. pero, más o menos tenías una referencia clara de lo que podías hacer en el tipo de relación pareja. Estoy hablando sólo de relación pareja. Ahora no. Es decir, lo que yo le pueda enseñar a mi hija de la relación entre su madre y yo, no vale. No vale. No es punto de referencia. Con lo cual el futuro es una cosa terrorífica para los críos y las crías que tienen 15 y 16 años. Y no digamos nada si, por ejemplo, le hablamos de relaciones laborales. Las relaciones laborales son imprevisibles, nadie sabe lo que va a pasar, nadie, nadie. Es decir, uno le puede... ¿Yo qué le aconsejo a mi hija que estudie? Antes estaba claro. ¿Qué nos podían aconsejar nuestros padres que estudiáramos, si podíamos estudiar? Las cosas que eran normales, pues estudiar derecho, filosofía, arquitectura, ingeniería, medicina, etc. esto era... esto era el futuro. Y, ahora, ¿qué se le aconseja a los hijos que estudien? No lo sabemos, queridos amigos, vuestros padres no os pueden aconsejar. Porque no sabemos lo que será dentro de 10 años. Si lo que os aconsejamos será bueno o no. Valdrá para algo o no valdrá para nada. Por lo tanto, no somos referencia. Es decir, no estudiéis lo que yo, porque si estudias lo que yo, no sé si es bueno o es malo. Antes, estudiar lo que otro médico, era bueno; y estudiar lo que otro ingeniero, era bueno; y estudiar lo que otro arquitecto, era bueno. Pero, ahora, estudiar lo que estudié yo, pues, no lo sé. No lo sé. Y no digo nada, después, a la hora de abordar las relaciones de trabajo. Supongamos que uno ha acertado y lo que ha estudiado le ha servido y le sirve. Las relaciones laborales son radicalmente distintas de las que yo he tenido y de las que tenemos la mayoría de los que estamos aquí abajo: pero ellos van a tener una relación distinta. Y si hacen lo que hacemos nosotros, fracasarán.

¿Qué es lo que hacíamos nosotros cuando nos incorporábamos al mundo del trabajo? Normalmente nos poníamos, en líneas generales, en la plaza del pueblo – por decirlo así, a brochazos- en la plaza del pueblo, a esperar que alguien nos contratara. ¿Qué es lo que teníamos? Nuestros brazos. Nuestros brazos. Pero si un joven, estudie lo que estudie, sigue teniendo ese comportamiento y esa actitud ante la vida, va a fracasar. Va a fracasar. Porque si uno se pone en la plaza del mercado a decir: “Ahora ya no solamente tengo brazos sino que tengo cerebro porque la sociedad me ha permitido, en una igualdad de oportunidades, estudiar lo que he querido o lo que he podido”. Si uno se pone en la misma actitud que el padre o que la madre, está perdido. Porque no van a ser las relaciones iguales. Porque antes uno, si era tornero y lo contrataban de tornero, empezaba a trabajar de tornero y se moría siendo el mejor tornero, a lo mejor, de Extremadura. Y vivía en el mismo pueblo y trabajaba en la misma empresa. Ahora no. Ahora uno puede ser economista y estar trabajando en Airtel de telefonista. Casi todos los telefonistas de Airtel o de Telefónica son licenciados, que están atendiendo: “¿Dígame?”. El número de teléfonos de Murcia está editado igual. Pero, además, con un contrato que no era como el de su padre o de su madre, que era para toda la vida, este es de seis meses. Pero, además, con un sueldo inferior al que tiene su padre. Y esto crea una enorme inquietud en el joven y una enorme frustración en los adultos. Siempre recordaré cuando hace dos años estaba yo en la residencia porque mi padre estaba ingresado y me tiré allí 20 días, una limpiadora que a las siete de la mañana cuando empiezan a... los hospitales se ponen en marcha y empiezan ya a que los enfermos no duerman durante todo el día, entre la limpiadora que empieza a las siete y las visitas de los médicos, etc., etc.; yo no sé cómo los enfermos pueden descansar en los hospitales; algún día haremos algo para que puedan dormir los enfermos, pero, en fin... Me acuerdo que me vino a saludar esa mujer me dijo: no sabe usted la

alegría que me da saludarle, qué lastima que no esté aquí mi hija, que le salude porque es una forofa suya y tal y cual. ¿Y dónde está su hija? Está en Madrid. ¿Y qué ha hecho? No, ha hecho Económicas. Bueno, la mujer estaba emocionada, una limpiadora, estaba emocionada porque su niña había hecho Económicas. Esto hace 30 años era impensable. Pero, al mismo tiempo, me dice: pero estoy muy desolada porque mi hija está en Madrid, está de telefonista en una empresa de comunicaciones, cobra menos que yo. Es decir, así que ha estudiado Económicas para terminar con un contrato peor que el mío, en Madrid, pagando un piso, con un contrato de seis meses.

Es decir, en las relaciones laborales tampoco somos modelo. No digo nada en las relaciones personales. En las relaciones personales no somos referencia nosotros, han cambiado las relaciones entre los ciudadanos. Y lo que cambiará más, seguramente, con el Internet y todas estas cosas.

El concepto de Estado, el concepto de España. Esto... lo que hoy es España no sé yo si mañana o pasado va a serlo. España, Francia, Portugal, Alemania, lo que sea. Es decir, el concepto de Estado ha cambiado. Todo el siglo XIX, todo el siglo XX, el concepto de Estado era claro. Hoy, siglo XXI, el concepto de Estado es radicalmente distinto. Es decir, antes un Estado presumía y alardeaba de tener, por ejemplo, empresas de bandera ¡Iberia! Era la empresa aérea bandera nacional. O la Phillips, de Alemania. Hoy ya no existen empresas de bandera porque por mucho que un Estado quiera, llega una empresa y quiere comprar la Phillips y la compra y quiere comprar Iberia y la compra. Ya se puede resistir el Estado como gato panza arriba, termina vendiendo. Es decir, ahí hay, antes había un poder de control económico, sobre la economía. Ese poder ha desaparecido. ¿La relación del mundo? El mundo ¿cómo es? No tiene nada que ver con el mundo que nosotros vivíamos hace solamente dos o tres años, aquí se han puesto algunos ejemplos y algunas anécdotas que yo profundizaré.

En definitiva, yo creo que una generación entra, una generación como ésta, que ha ayudado a escribir este libro, entra en una difícil situación cuando los padres ya no representamos una experiencia que le pueda servir de guía. Y, claro, ¿qué es lo que ocurre? Que entre la falta de referentes que tienen nuestros jóvenes y la falta de certidumbres que tenemos los adultos, estamos en una sociedad absolutamente desconcertada, absolutamente desconcertada. Y el desconcierto ¿qué provoca? Pues el desconcierto provoca desconcierto. Provoca desconcierto. Y así estamos viviendo en sociedades occidentales ricas absolutamente desconcertadas. Desconcertadas. Un sobre de talco desconcierta a toda una sociedad de mil millones de habitantes que hasta ahora vivíamos, por lo visto, felices, mientras cinco mil millones se morían, pero vivíamos felices. No hay pensadores. Es decir, esta sociedad, la española pero también la francesa, la alemana, etc., ha dejado de generar pensadores. Nosotros, los que estamos aquí en la mesa que tenemos algo más de edad somos capaces de decir, cuando nosotros teníamos 18 o 20 años, una docena de pensadores que, aparte de los políticos, servían de referencia a nuestras vidas. Sartre, Camus, Heideggerd, Marcuse -que ha citado el Presidente de la Diputación-, Tierno Galván, Aranguren... Eran gente que representaban algo en la sociedad, que servían de referencia, que uno podía mirar y podía aprender. Díganme ustedes, ahora mismo, a bote pronto, tres pensadores, tres, europeos, tres pensadores sobre los que uno pueda sentirse... bueno, como maestros, tres. Acudo en su ayuda, por ejemplo, piensen en los suplementos que leemos los fines de semana de los periódicos nacionales. ¿Qué escriben? ¿Esos son pensadores?

¿Referentes? Escribirán novelas, a lo mejor, como rosquillas. Pero referencia de lo que puede ser el pensamiento de un Sartre... No hay pensadores. Y, claro, si no hay pensadores y, al mismo tiempo, hay desconcierto, la cosa es complicada. Pero es que, además, el desconcierto genera políticos desconcertados. Políticos desconcertados. Que no saben lo que está ocurriendo ni lo que va a ocurrir. Y, ahora, uno, con las torres gemelas, inmediatamente, se acuerda de que los políticos que tenemos, somos políticos desconcertados. ¿Tú te acuerdas, Pepa, -porque eres, trabajas en medios de comunicación-, que durante cuatro años seguidos, y largos, este mundo ha vivido pensando en qué hacía Mónica Lewinsky debajo de la mesa del Presidente de Estados Unidos? ¡Esto era lo que discutía la política mundial! Y, mientras tanto, había otra parte del mundo que estaba preparando un atentado terrorista como el de las torres gemelas, porque todo lo que nos apasionaba –como nuevos ricos que somos-, era discutir sobre Mónica Lewinsky y el Sr. Clinton. ¿Lo demás? No nos preocupaba. ¡Si vivíamos felices! Uno no puede ser nunca, queridos muchachos y muchachas, nunca uno puede ser feliz rodeado de infelices ¡Nunca! Podrá o no creer que es feliz, pero uno no puede vivir feliz rodeado de infelices. Y el mundo tiene, como os han enseñado vuestros profesores 6.000 millones de almas, 6.000 millones. 1000, vivimos muy bien. 5.000, muy mal ¡muy mal! Y uno no puede vivir bien y ser feliz teniendo 5.000 millones rodeándote que viven muy mal y muy infelices. Así que, mientras nosotros perdíamos el tiempo discutiendo sobre la Lewinsky ¡qué tres años! No nos dábamos cuenta de que en el mundo había otras cosas de una relevancia y de una trascendencia extraordinaria que, de pronto, aparecen.

Así que, políticos muy desconcertados y de muy bajo nivel, para decirlo todo. Y si no, comparen ustedes la nómina. ¿Qué tiene que ver el Sr. Bush con el Sr. Reagan? Ninguno de los dos me gusta. Entre un Reagan y un Bush... ¿O qué tiene que ver el Sr. Blair con la Sra. Thatcher? Ninguno de los dos me gusta. Pero, hombre, la Sra. Thatcher es una política de raza, éste es un seguidista de Estados Unidos. ¿Qué tiene que ver el Sr. Mitterrand con el señor...? No sabemos ni cómo se llama el francés, que me gusta mucho, Jospin. O el Sr. Kohl con el Sr. Schröder? ¿O el Sr. Soares con el Sr. Guterres? Ya no digo más, para que nadie me acuse de nada. Pero, la nómina ha bajado radicalmente, políticos desconcertados, políticos desconcertados ante un mundo que necesita muchas certidumbres para poder avanzar, ante un presente que tenemos que organizar para poder mirar el futuro como lo miran las culturas que tienen organizado su presente.

Y, claro, ante ese panorama, cada día hay más gente opinada y cada día hay menos opinadores. Decía antes que faltaban pensadores, pero es que, además, faltan opinadores y sobran opinados. Aquí estamos todo el día opinados. Opinan por nosotros y nos creemos que porque conozcamos la descripción de los hechos, conocemos las causas de los hechos que se producen y cuando uno sólo conoce los hechos y sólo se entusiasma con la descripción de los hechos deja de conocer por qué ocurren esos hechos. Y aquí hemos estado, por poner otro ejemplo del corazón, llevamos unos cuantos meses discutiendo si Eva Sannun sí o Eva Sannun no, y resulta que los de Eta han estado a punto de arreglarnos el problema. Claro, dice, mire usted ni con Eva Sannun ni con nadie, muerto, por un atentado terrorista. Dice, no es que el coche estaba a un kilómetro y medio de donde se celebraba el desfile. Sí, sí, a un kilómetro y medio de donde se celebraba el desfile pero yo a ese desfile he ido unos cuantos años, ya llevo dieciocho. Y en esa calle es donde nos bajamos las autoridades. Hacía allí llega el cochecito oficial y te deja. Casualidad, allí estaba el coche bomba. Así que hemos estado discutiendo sobre Eva Sannun, sobre el

Príncipe Felipe y, de pronto, Eta estaba arreglando el problema, decía: yo lo arreglo rápido. Y seguiremos discutiendo y no habrá nadie, por ejemplo, que diga: oiga, ¿qué clase de Monarquía es esa donde a un señor, ciudadano español, ciudadano, en definitiva, le dicen: “Oiga, usted renuncie al amor con tal de que estemos bien representados”? Es decir, los que están, en estos momentos, aconsejando al Príncipe, los que le están aconsejando es que no creen en el amor, no creen en el amor. Pero, claro, en un mundo como el que vivimos, decir que hay que creer en el amor, esto es una cosa ridícula y cursi. Pero, ¿alguien le puede decir al Príncipe: “Usted no se case con esa señora. ¿Usted la ama? Da lo mismo, no se case con ella. ¿Usted no entiende el amor? No, usted cátese con otra y, después, hace usted el amor con quien quiera”? ¿Y cómo se puede ser monárquico con esa amoralidad o con esa inmoralidad? Pero hablan todos los días en la televisión. Si debería estar prohibido que en la televisión hablaran los inmorales porque si no, no van a tener tampoco referencia o van a tener referencias absolutamente inmorales. Y, claro, una juventud sin referencias y, encima, con referencias inmorales y sin saber qué es el futuro...

Así que, tenemos mucha más información que nunca, pero tenemos un conocimiento de los hechos que desconocemos, fundamentalmente, los factores que provocan el que esos hechos ocurran. En definitiva, ¿a qué conclusión llego con esto que he dicho? Pues, miren, si nosotros no somos capaces de aclarar el futuro, si no somos capaces de aclarar el futuro, seguiremos viviendo en un presente de desconcierto. Y un presente de desconcierto provoca un futuro más desconcertante todavía. Así que los que tengan resuelto, más o menos, su presente podrán campear el temporal, pero los que no tengan resuelto el futuro ni el presente –y ese es el caso de nuestros jóvenes-, pues van a tener una situación muy difícil, muy difícil. Y eso es lo que provoca el botellón y eso es lo que provoca el alcohol y eso es lo que provoca la droga porque lo único seguro, en estos momentos, es la droga y el alcohol. Esto es seguro para los jóvenes. Lo demás, todo es inseguro. Ya he dicho antes alguna de las cosas que provocan inseguridad. Lo que pasa es que eso no es... Es una seguridad ficticia. Pero no nos empeñemos ¿eh? ya le podemos dar mil vueltas y le vamos a dar mil vueltas en las escuelas con el tema, etc., etc., etc. Pero mientras un joven no tenga referencias y mientras no tenga un futuro, más o menos despejado, no tiene más remedio que refugiarse en aquello que aparentemente es seguro. Y mientras no haya opinadores y mientras no haya pensadores, pues las cosas ocurrirán, como quieren los que mandan que ocurra. Las verdades son verdades si vienen desde Miami en un vídeo que nos lo ponen y esta es la verdad. Por ejemplo, ahora, todo el mundo se empeña en decir que la miseria del mundo no tiene nada que ver con el terrorismo, y esto es palabra de fe: la miseria del mundo no tiene nada que ver con el terrorismo, o está usted conmigo o está usted con el terrorismo, dice Bush. Pues, mire usted, yo ni estoy con usted ni con el terrorismo. No me da la gana de estar con usted. No me da la gana. Que, además, se ha convertido en un hombre importante desde que tiraron las torres gemelas, porque antes tenía una popularidad del 40% y ahora tiene una popularidad del 92%, así que yo no estoy con usted pero tampoco estoy con el terrorismo. Yo estoy más bien, por ejemplo, estoy más bien con que no se mueran 35.000 niños diarios de hambre, 35.000 niños diarios, es decir, todo Don Benito entero muriéndose todos los días, mañana, pasado, al otro, al otro, al otro, pero niños, 35.000 niños. Y, de pronto, alguien dice: oiga, y la tasa Tobin ¿por qué no se pone en marcha? La tasa Tobin es cobrarle el 0,00001 a todas las transacciones económicas que se hagan en el mundo que no sirvan para comprar mercancías. Es decir, al señor que tiene 1.000 millones aquí y lo invierte mañana en la bolsa de Nueva York y pasado, en la bolsa

de Chicago y al otro en la bolsa de Berlín o de Francia, y va ganando dinero a costa de los incautos que lo van perdiendo. Bueno, pues por ese tránsito de dinero cada vez que usted pase de un país a otro le cobro el 0,00001. Eso significaría 250.000 millones de dólares al año. 250.000 millones de dólares al año. La Organización Mundial, la ONU, a la que le han dado el Premio de la Paz, este año yo creía que no iba a haber Premio de la Paz, estamos en guerra, y sale la Academia sueca diciendo: el Premio de la Paz para la ONU. ¡Oiga, si estamos en guerra! Podían ustedes guardar el Premio para el año que viene, porque ¡darle el Premio de la Paz a la ONU, cuando estamos en guerra! ¡Parece absurdo ¿no?! Bueno, pues la ONU dice que con 30.000 mil millones de dólares, 30.000 mil millones de dólares, se termina con el hambre en el mundo. 30.000 mil millones de dólares. Como se podían recaudar 250.000 millones de dólares, solamente por aquel tío que tiene 1.000 millones y lo pone en la bolsa de Francfort y mañana en la de Londres, se podía arreglar una parte del problema. Por lo menos, si no reconocen que la miseria es consecuencia del terrorismo, que reconozcan que el terrorismo sólo se puede terminar terminando con la miseria. Si les vale mejor ese argumento y ese planteamiento. Ahora, así no va a seguir el mundo ¿eh? 1.000 millones viviendo bien a costa de 5.000 viviendo mal, esto no va. Esto no va y, por lo tanto, nos hará cambiar muchas de nuestras perspectivas si queremos que nuestros jóvenes tengan un futuro más o menos... o un presente mejor articulado que el que tenemos en este momento.

Así que podemos querer la España que queramos en el siglo XXI. Podemos querer lo que queramos y yo he dicho ahí lo que quiero. Y Pepa Bueno ha hecho una descripción magnífica de las distintas versiones que hay. Podemos querer lo que queramos, pero no podemos prever cuál va a ser la España del siglo XXI. No lo podemos prever porque no sabemos prever cuál va a ser el futuro inmediato del mundo. ¿Qué nos queda ante esta aparente disertación pesimista? ¿Qué nos queda? Como siempre, el sentido común y la responsabilidad. Como siempre, el sentido común y la responsabilidad.

La responsabilidad. Es decir, responsabilicémonos todos de las cosas y aportemos todos nuestra visión, nuestro pensamiento, nuestra forma de ser para que las cosas puedan ir por un presente más estructurado. Se dice, cuando yo este año en el Día de Extremadura lancé la idea de un debate sobre el botellón, decían: oh, -en todas las emisoras aparecían los tertulianos- uf, uf, uf, como a los jóvenes se les prohíba algo, inmediatamente lo hacen. No estoy de acuerdo. Pero hay también otra cosa para los adultos, como a los adultos se les obligue a algo tampoco están de acuerdo. A los jóvenes se les prohíben las cosas y no están de acuerdo, quieren transgredir la prohibición, pero a los adultos como se les obligue a algo, tampoco están de acuerdo. ¿Saben por qué? Porque como el adulto sabe que siempre hay alguien que va a hacer lo que hay que hacer pues se permiten el lujo de decir: no estoy de acuerdo. Por ejemplo, ya que estamos en una casa de cultura y haciendo un acto sobre un instituto, si nosotros dijéramos a los padres de alumnos: oiga, elija usted entre una escuela con pocos recursos y pocos medios y un instituto ¿dónde quiere usted llevar a su hijo? El instituto a 10 kilómetros, la escuela en su casa, y lo que usted diga va a misa. Inmediatamente los padres dirían: que se vaya al instituto. Ahora se pueden permitir el lujo de decir: no quiero que vayan al instituto. Como saben que yo los voy a llevar pues se permiten el lujo de protestar. Pero saben que hay alguien que no va a hacer caso porque si supieran que les van a hacer caso... Nadie quiere pagar impuestos. Deberíamos hacer un referendun ¿quiere usted pagar impuestos, sí o no? Ahora nadie quiere. Nadie queremos, pero si nos dijeran:

oiga, que si usted dice que no se pagan impuestos, no se pagan impuestos. Con lo cual a ver cómo organizamos la vida (ininteligible). La jornada escolar. Nadie quería la jornada como la que hemos puesto. Nadie. Y se le dijo a los padres: voten ustedes en los centros, y la jornada que ustedes quieran, esa es la que se hace. 90% a favor de la jornada escolar que se ha puesto. Ahora, antes nadie quería; es decir: “que la ponga éste, que la ponga el de las barbas, yo me opongo porque como sé que va a decir que sí, pues entonces... A lo razonable me opongo porque sé que hay alguien que va a decir que sí, si yo supiera que hay alguien que me va a decir: “lo que usted diga”, entonces ya, amigo, entra la responsabilidad”.

Y esto es lo que yo creo que tenemos que hacer, intentar tener muchísima responsabilidad y muchísimo sentido común para que, al final, nuestros jóvenes pues tengan un futuro con unas ciertas garantías, como consecuencia de un presente bien estructurado. Y no somos referencia ya, como he dicho al principio, los mayores. Incluso además porque es que... (corte de cinta)

(...) cincuenta o los sesenta años la distancia entre generaciones era corta, ahora, se llega a vivir hasta 90, 100 años yo a mí cuando me preguntan “oiga, ¿usted es partidario del matrimonio, es bueno o es malo?”. Digo: no, el matrimonio no es ni bueno ni malo, es largo. Porque, antes, uno se casaba a los 20 y se moría a los 40; ahora, se casa a los 20 y se muere a los 100, un poquito largo, pero... Y, entonces hay una distancia entre generaciones inmensas, inmensas. Antes, el anciano era una fuente de sabiduría para la colectividad; ahora, el anciano que tiene 68 años y se jubila, está haciendo cursos de formación, de reciclaje; con lo cual hay una distancia enorme entre una generación que espera de nosotros no solamente palabras sino que seamos capaces de pensar, de opinar, reflexionar y de organizarles el presente porque si tenemos bien organizado el presente dejaremos de inquietarnos tanto por el futuro.

Así que, yo he procurado aportar lo que he podido en el libro pero, como bien ha dicho el Presidente de la Diputación, si me hubieran mandado escribir el libro hace una semana, hubiera dicho otras cosas distintas de las que he dicho hace unos meses. Lo que demuestra lo que dije al principio, el futuro ya no es lo que era, el futuro está ahí. Es decir, cada día es una cosa distinta y, antes, se podía escribir con toda tranquilidad un artículo que sabías que, hombre, por lo menos, tres o cuatro años de vigencia tenía. Ahora, un artículo no tiene ni una semana de vigencia. Pero, en fin, es posible que nos sigamos entreteniendo en discutir sobre “las Lewinsky” o sus sucesoras, Eva Sannun, etc., etc., y dejemos de lado lo que son, de verdad, los problemas reales que tiene que solucionar esta sociedad y que solamente se solucionan con sentido común y con mucha responsabilidad, cada día estamos peor. Gracias.